

nes en la vida, no pueden gozar de las ventajas de la casa paterna, adquieren otro hogar y nuevas madres en el interior de nuestro Colegio. Todas, como es público y notorio, aman el establecimiento y á sus directoras con ternura verdaderamente filial, y temen, más bien que desear, las vacaciones que, aunque temporalmente, las separarán del uno y de las otras. ¿Qué más pudiera decir en su favor el labio más elocuente? ¿No equivale este cariño al más sonoro cántico de gracias que pudiéramos hoy entonar?

No terminaré sin manifestar de nuevo los conceptos que expresé en la distribución de premios de mi Colegio Seminario. Ni somos exclusivistas, ni tememos la competencia; antes, por el contrario, la deseamos, persuadidos como estamos de su conveniencia. Nos regocijamos al ver que el favor dispensado á nuestro Colegio en nada perjudica á las demás escuelas que hallamos establecidas en esta ciudad. Á pesar de ese flujo y reflujo que tiene que haber en todo establecimiento de educación; á pesar de la inconstancia natural al hombre; á pesar de la necesidad de procurar no raras veces con el cambio de escuela el adelanto de una niña, creo poder afirmar que no se ha hecho daño á maestra alguna por favorecer á las de este plantel. Al abrirlo, no añadimos una nueva escuela á las muchas y bien montadas que ya existían; sino que llenamos un vacío, fundando un colegio de nuevo género, cuyas alumnas se componen en gran parte de niñas que ni frecuentaban ni frecuentarían las escuelas existentes. Á las maestras y alumnas, á los padres de familia y al público en general, me complazco en manifestar mi satisfacción y gratitud.

## DISCURSO

LEÍDO EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL EXTERNADO DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS, LA TARDE DEL 10  
DE DICIEMBRE DE 1886.



**G**RA mi deber, y mi deseo, proveer mi diócesi de establecimientos de educación, no tan sólo para la aristocracia, sino muy principalmente para la niñez desvalida. Las directoras del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, recién fundado en esta ciudad, nada deseaban tanto como abrir un externado gratuito al lado de su excelente plantel. De acuerdo entrambos, pusimos sin tardanza manos á la obra, y al mes apenas de abierto el primero pudimos inaugurar el segundo. No me cansaré de manifestar una y mil veces el asombro que nos causó el inmenso número de alumnas que vinieron á llenar desde luego nuestros salones, al grado que éstos, á los pocos días, no eran bastante grandes para contener, con la debida amplitud, á las quinientas niñas que se alistaron en nuestras filas. Fué preciso emprender inmediatamente obras materiales de considera-

ción, y ya sea la anchura excesiva que quisimos darles, ya la altura quizá no proporcionada á los cimientos; tal vez los fuertes aguaceros que en esos días nos trajo la estación de las lluvias; tal vez otras causas naturales ó sobrenaturales desconocidas, ó quizá todas juntas, hicieron desplomarse en una noche lo nuevamente construido, y arrastrar en su caída otros salones de los viejos.

No por esto desmayamos, como visteis. Mientras á toda prisa se reconstruía lo derrumbado, con mayor solidez aun de lo necesario, se dió provisorio albergue á muchas de vosotras en la sacristía y en una bodega de la contigua Iglesia del Carmen. Las incomodidades que pasasteis en esas salas, vastas y sólidas, sí, pero nada á propósito para escuelas, os habrán hecho palpable el sacrificio de vuestras maestras, al encerrarse allí con vosotras. Sólo el inmenso amor que os profesan y los ardientes deseos que nutren por vuestro bienestar y vuestro adelanto, pueden hacerles llevaderos estos sacrificios y otros mucho mayores que consuman diariamente por vosotras. Creo que los aprecian vuestras madres; pues de otra suerte no se hubiera conservado íntegro el número de educandas en los meses que han transcurrido desde la apertura de vuestra escuela. Las maestras y yo estimamos como es debido esta confianza, y no perdonamos medio alguno para sostener y mejorar vuestro plantel.

¿Cuál es nuestro fin al abriros nuestras puertas, y enseñaros determinados ramos, consagrándonos á vuestra educación con tanto ahinco? Importa que vosotras y el público lo sepáis, y voy á decíroslo con breves y sencillas palabras. En dos escollos suele el pueblo caer en

todas partes: ó descuidar la educación de sus hijos totalmente, ó procurársela superior á la condición social en que la Providencia los ha colocado. Uno y otro extremo son igualmente perniciosos, y nuestro afán es seguir el justo medio, en cuanto nuestras fuerzas y fragilidad nos permitan. Ante todo, hijas mías, ¡qué ventaja para vosotras el poder pasar en el Colegio todo el día, desde la mañana hasta ya entrada la tarde, y entretanto que vuestras madres trabajan para procuraros el sustento, ó se entregan á las faenas domésticas, estar aquí recibiendo una instrucción sólida y conversando con personas doctas y piadosas! ¡Qué ventaja el escuchar constantemente, ya de sacerdotes ejemplares, ya de maestras no menos competentes, pláticas y discursos sobre vuestros deberes religiosos y sociales! ¡Qué ventaja el aprender á escribir correctamente, el amaestraros en hacer todos los cálculos aritméticos que necesitaréis en lo futuro, el ejercitaros en la costura, de que tanto habéis menester y que tanto se descuida en vuestra posición!

Escuchad. No ha mucho me encontraba yo de huésped en cierta casa y en cierto país. Los lunes de cada semana hallaba infaliblemente sobre mi mesa un billete escrito de muy buena letra y con correcta ortografía, concebido poco más ó menos en estos términos: "Monseñor: Si dejáis sobre la alfombra la ropa blanca que necesite lavarse, tendrá cuidado de hacerlo vuestra servidora—Mimí." Al fin de la semana, con regularidad correspondiente, hallaba sobre mi cama, juntamente con la lista trazada con bien hechos números, la misma ropa lavada, planchada y, notadlo bien, remendada cuidadosamente por la hacendosa *Mimí*. Esta era una mucha-

cha de corta edad salida de una escuela muy parecida á la vuestra, que servía de doncella ó *recamarera* en la casa donde yo me hospedaba, y que aprovechaba, como véis, todos los ramos de enseñanza de que había recibido lecciones en el orfanatorio donde había pasado su infancia; ramos que son los mismos en que vosotras os instruís.

Este es el tipo que quisiera yo que os propusierais por modelo. ¡Qué pocas lavanderas saben coser en estas regiones, qué pocas doncellas de servicio pueden escribir! Me aconteció hace algunos años que una costurera me presentó una cuenta que me hizo caer de espaldas del susto. Tenía yo, según ella, que pagarle por unas cuantas docenas de purificadores, cinco ó seis corporales y una ó dos albas, nada menos que once mil duros. Sus escasos conocimientos aritméticos le habían hecho escribir con cifras, en vez de 110, los 11,000 pesos que me llenaron de horror. Vosotras no caeríais ya en semejantes despropósitos, ¿no es verdad, hijas mías? Las que habéis pasado aquí estos meses, y con más razón las que permanezcáis varios años en nuestra escuela, no andaréis ya con los vestidos desgarrados y sucios, ¿no es verdad? Aprovechándoos de las lecciones en el arte nada fácil de remendar que os dan vuestras hábiles preceptoras, haréis durar más tiempo la ropa vuestra propia y la de vuestros padres y hermanos, poniéndolos así en situación de realizar economías considerables, y de pasar la vida más cómodamente. Esto es lo que necesitáis. De nada os servirá el daros lecciones de piano, ó de bordados exquisitos, ó de matemáticas sublimes, ó de zoología y de botánica. Sería, ó perder el tiempo, ó llenaros de aspiraciones no realizables, que os harían desgraciadas

en esta vida y quizás en la otra. Esto no quita, hijas mías, que á aquellas entre vosotras cuyas disposiciones y demás circunstancias hagan conocer claramente que la Providencia las destina á cosas mayores, se les den lecciones especiales de todo aquello que les convenga. Vuestras maestras no sólo os hacen estudiar, sino que os estudian á vosotras mismas. Os aman y, no lo dudéis, proveerán á vuestro bienestar con mayor afán aún que vuestros padres. Ellas y yo deseamos ardientemente difundir la civilización en las clases pobres; deseamos haceros á todas ilustradas, y elevaros lo más alto que nos sea dado. Pero deseamos ante todo vuestra salvación eterna, y ésta no puede conseguirse aspirando á salir, por medios vedados, de la esfera en que nos ha colocado la Providencia. Ésta no se alcanza codiciando, ni menos apropiándose lo ajeno, despreciando el trabajo, fomentando la pereza y halagando las malas pasiones.

Gózome de ver vuestra puntualidad en asistir á la escuela, vuestra docilidad en aprender, vuestro afán por cumplir con vuestros deberes religiosos. Que los premios que os hemos dado os estimulen á ser todavía más dóciles, más piadosas, más constantes, más laboriosas, y que el Cielo confirme las bendiciones que yo invoco sobre vuestras cabezas.

